

Cuentos para leer en la casa

Los dos reyes y los dos laberintos

Cuentan los hombres dignos de fe (pero Alá sabe más) que en los primeros días hubo un rey de las islas de Babilonia que congregó a sus arquitectos y magos y les mandó construir un laberinto tan complejo y sutil que los varones más prudentes no se aventuraban a entrar, y los que entraban se perdían. Esa obra era un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres. Con el andar del tiempo vino a su corte un rey de los árabes, y el rey de Babilonia (para hacer burla de la simplicidad de su huésped) lo hizo penetrar en el laberinto, donde vagó afrentado y confundido hasta la declinación de la tarde. Entonces imploró socorro divino y dio con la puerta. Sus labios no profirieron queja ninguna, pero le dijo al rey de Babilonia que él en Arabia tenía otro laberinto y que, si Dios era servido, se lo daría a conocer algún día. Luego regresó a Arabia, juntó sus capitanes y sus alcaides y estragó los reinos de Babilonia con tan venturosa fortuna que derribó sus castillos, rompió sus gentes e hizo cautivo al mismo rey. Lo amarró encima de un camello veloz y lo llevó al desierto. Cablgaron tres días, y le dijo: «¡Oh, rey del tiempo y sustancia y cifra del siglo!, en Babilonia me quisiste perder en un laberinto de bronce con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso ha tenido a bien que te muestre el mío, donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que te vedan el paso.» Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed. La gloria sea con Aquél que no muere.

Fin

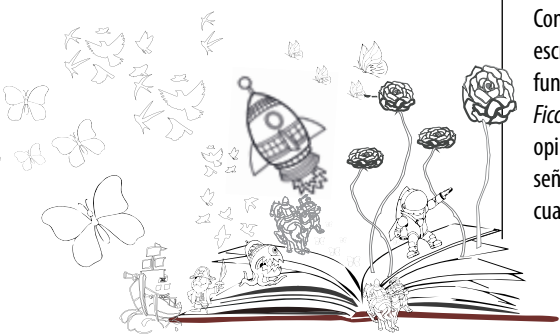
De *El Aleph* (1949)

Jorge Luis Borges
(Buenos Aires
1899-Ginebra 1986).
Célebre cuentista,
poeta, ensayista,
catedrático y
traductor argentino.
Considerado el mayor



escritor en lengua castellana del siglo XX. Autor de libros fundamentales como *Historia universal de la infamia*, *Ficciones* y *El Aleph*. Polémico por sus controversiales opiniones políticas, se le considera no obstante una figura señera de la literatura hispanoamericana, más allá de cualquier clasificación genérica.

Jorge Luis Borges



La oración fúnebre

En la estación, los parientes avanzaban junto al tren humeante. A cada paso agitaban el brazo levantado y hacían señas.

Un joven estaba de pie tras la ventanilla del tren. El cristal le llegaba hasta debajo de los brazos.

Sostenía un ramillete ajado de flores blancas a la altura del pecho. Tenía la cara rígida.

Una mujer joven salía de la estación con un niño de aspecto inexpresivo. La mujer tenía una joroba.

El tren iba a la guerra. Apagué el televisor. Papá yacía en su ataúd en medio de la habitación. De las paredes colgaban tantas fotos que ya ni se veía la pared.

En una de ellas papá era la mitad de grande que la silla a la cual se aferraba.

Llevaba un vestido y sus piernas torcidas estaban llenas de pliegues adiposos. Su cabeza, sin pelo, tenía forma de pera.

En otra foto aparecía en traje de novio. Sólo se le veía la mitad del pecho. La otra mitad era un ramillete ajado de flores blancas que mamá tenía en la mano. Sus cabezas estaban tan cerca una de la otra que los lóbulos de sus orejas se tocaban.

En otra foto se veía a papá ante una vaca, recto como un huso. Bajo sus zapatos altos había nieve. La nieve era tan blanca que papá quedaba en el vacío. Estaba saludando con la mano levantada sobre la cabeza. En el cuello de su chaqueta había unas runas.

En la foto de al lado papá llevaba una azada al hombro. Detrás de él, una planta de maíz se erguía hacia el cielo. Papá tenía un sombrero puesto. El sombrero daba una sombra ancha y ocultaba la cara de papá.

En la siguiente foto, papá iba sentado al volante de un camión. El camión estaba cargado de reses. Cada semana papá transportaba reses al matadero de la ciudad. Papá tenía una cara afilada, de rasgos duros.

En todas las fotos quedaba congelado en medio de un gesto. En todas las fotos parecía no saber nada más. Pero papá siempre sabía más. Por eso todas las fotos eran falsas. Y todas esas fotos falsas, con todas esas caras falsas, habían enfriado la habitación. Quise levantarme de la silla, pero el vestido se me había congelado en la madera. Mi vestido era transparente y negro. Crujía cuando me movía. Me levanté y le toqué la cara a papá. Estaba más fría que los demás objetos de la habitación. Fuera era verano. Las moscas, al volar, dejaban caer sus larvas. El pueblo

Herta Müller



se extendía bordeando el ancho camino de arena, un camino caliente, ocre, que le calcinaba a uno los ojos con su brillo. El cementerio era de rocalla. Sobre las tumbas había enormes piedras. Cuando miré el suelo, noté que las suelas de mis zapatos se habían vuelto hacia arriba. Me había estado pisando todo el tiempo los cordones, que, largos y gruesos, se enroscaban en los extremos, detrás de mí. Dos hombrecillos tambaleantes sacaron el ataúd del coche fúnebre y lo bajaron a la tumba con dos cuerdas raídas. El ataúd se columpiaba. Los brazos y las cuerdas se

“ El otoño tocaba a su fin, y las hojas de los nabos estaban negras y pegadas por la helada... ”

alargaban cada vez más. Pese a la sequedad, la fosa estaba llena de agua. Tu padre tiene muchos muertos en la conciencia, dijo uno de los hombrecillos borrachos.

Yo le dije: estuvo en la guerra. Por cada veinticinco muertos le daban una condecoración. Trajo a casa varias medallas.

Violó a una mujer en un campo de nabos, dijo el hombrecillo. Junto con cuatro soldados más. Tu padre le puso un nabo entre las piernas. Cuando nos fuimos, la mujer sangraba. Era una rusa. Después de aquello, y durante semanas, nos dio por llamar nabo a cualquier arma.

Fue a finales de otoño, dijo el hombrecillo. Las hojas de los nabos estaban negras y pegadas por la helada. El hombrecillo colocó luego una piedra gruesa sobre el ataúd. El otro hombrecillo borracho siguió hablando: Ese Año Nuevo fuimos a la ópera en una pequeña ciudad alemana. Los agudos de la cantante eran tan estridentes como los gritos de la rusa. Abandonamos la sala uno tras otro. Tu padre se quedó hasta el final. Después, y durante semanas, llamó nabos a todas las canciones y a todas las mujeres. El hombrecillo bebía aguardiente. Las tripas le sonaban. Tengo tanto aguardiente en la barriga como agua subterránea hay en las fosas, dijo.

Luego colocó una piedra gruesa sobre el ataúd.

El predicador estaba junto a una cruz de mármol blanco. Se dirigió hacia mí. Tenía ambas manos sepultadas en los bolsillos de su hábito.

El predicador se había puesto en el ojal una rosa del tamaño de una mano. Era aterciopelada. Cuando llegó a mi lado, sacó una mano del bolsillo. Era un puño. Quiso estirar los dedos y no pudo. Los ojos se le hincharon del dolor. Rompió a llorar en silencio.

En tiempos de guerra uno no se entiende con sus paisanos, dijo. No aceptan órdenes.

Y el predicador colocó luego una piedra gruesa sobre el ataúd. De pronto se instaló a mi lado un hombre gordo. Su cabeza parecía un tubo y no tenía cara.

Tu padre se acostó durante años con mi mujer, dijo. Me chantajeaba estando yo borracho y me robaba el dinero. Se sentó sobre una piedra.

Luego se me acercó una mujer flaca y arrugada, escupió a la tierra y me dijo ¡qué asco! La comitiva fúnebre estaba en el extremo opuesto de la fosa. Bajé la mirada y me asusté, porque se me veían los senos. Sentí mucho frío.

Todos tenían los ojos puestos en mí. Unos

ojos vacíos. Sus pupilas punzaban bajo los párpados. Los hombres llevaban fusiles en bandolera, y las mujeres desgranaban sus rosarios.

El predicador se puso a jugar con su rosa. Le arrancó un pétalo color sangre y se lo comió.

Me hizo una señal con la mano. Me cuenta de que tenía que decir unas palabras. Todos me miraban.

No se me ocurría nada. Los ojos se me subieron por la garganta a la cabeza. Me llevé la mano a la boca y me mordí los dedos. En el dorso de mi mano se veían las huellas de mis dientes. Unos dientes cálidos. Por las comisuras de los labios empezó a gotear sangre sobre mis hombros.

El viento me había arrancado una de las mangas del vestido, que ondeaba ligera y negra en el aire.

Un hombre apoyó su bastón de caminante contra una gruesa piedra. Apuntó con un fusil y disparó a la manga. Cuando cayó al suelo ante mi cara, estaba llena de sangre. La comitiva fúnebre aplaudió. Mi brazo estaba desnudo. Sentí cómo se petrificaba al contacto con el aire.

El predicador hizo una señal. Los aplausos enmudecieron. Estamos orgullosos de nuestra comunidad. Nuestra habilidad nos preserva del naufragio. No nos dejamos insultar, dijo. No nos dejamos calumniar. En nombre de nuestra comunidad alemana serás condenada a muerte. Todos me apuntaron con sus fusiles. En mi cabeza retumbó una detonación ensordecedora.

Me desplomé y no llegué al suelo. Permanecí en el aire, flotando en diagonal sobre sus cabezas. Fui abriendo suavemente las puertas, una a una.

Mi madre había vaciado todas las habitaciones.

En el cuarto donde habían velado el cadáver se veía ahora una gran mesa. Era una mesa de matarife. Encima había un plato blanco vacío y un florero con un ramillete ajado de flores blancas.

Mamá llevaba puesto un vestido negro y transparente. En la mano tenía un cuchillo enorme. Se acercó al espejo y se cortó la gruesa trenza gris con el cuchillo enorme. Luego la llevó a la mesa con ambas manos y puso uno de sus extremos en el plato.

Vestiré de negro toda mi vida, dijo. Encendió uno de los extremos de la trenza, que iba de un lado a otro de la mesa. La trenza ardió como una mecha. El fuego lamía y devoraba.

En Rusia me cortaron el pelo al rape. Era



el castigo más leve, dijo. Apenas podía caminar de hambre. De noche me metía a rastras en un campo de nabos. El guardián tenía un fusil. Si me hubiera visto, me habría matado. Era un campo silencioso. El otoño tocaba a su fin, y las hojas de los nabos estaban negras y pegadas por la helada.

No volví a ver a mi madre. La trenza seguía ardiendo. La habitación estaba llena de humo.

Te han matado, dijo mi madre.

No volvimos a vernos por la cantidad de humo que había en la habitación. Oí sus pasos muy cerca de mí. Estiré

los brazos tratando de aferrarla. De pronto enganchó su mano hueda en mi pelo. Me sacudió la cabeza. Yo grité. Abrí bruscamente los ojos. La habitación daba vueltas. Yo yacía en una esfera de flores blancas ajadas y estaba encerrada.

Luego tuve la sensación de que todo el bloque de viviendas se volcaba y se vaciaba en el suelo.

Sonó el despertador. Era un sábado por la mañana, a las seis y media.

Fin

De *En tierras bajas* (1982)

Herta Müller (Rumania, 1953). Su obra narrativa constituye una muy aguda exploración del alma humana, a la luz de acontecimientos históricos trascendentes, como la Segunda Guerra Mundial. Dueña de una prosa imantada de un indiscutible encanto poético, fue reconocida con el Premio Nobel de Literatura en 2009.



Cuando yo era triponcito vivía abajote, en Las Rositas, y la escuela que había era la de Palo Verde. ¡Ah mundo, qué distancia, y las canillas doliéndome de tanto ir y venir a recibir clases! Medio

día me echaba caminando y por eso, para comer, me traía mi taparita de suero y dos arepas tumba budares. Menos mal que iba con mi compañero, un perrito que habla, que me regaló mi padrino; chiquito todavía, pero de orejotas grandes, tan grandes que, caminando, se las pisaba.

La maestra Carmen pintaba un araguato en el pizarrón y enseñaba:

—¡A, a, a, a, araguato!

Y nosotros repetíamos:

—¡O, o, o, o, oso!

Y nosotros atrás; y mi perrito con los ojos pelados y las orejotas paradas, sin perderse nada de la explicación.

Llegadas las vacaciones, ya el perro estaba grande. Y, como entonces Sanare era montaña casi hasta Quíbor y en ella había lapas, cachicamos, venados, picures, rabipelados, mapurites, coloraditos y otros animales. Yo dije a preguntarme si el perro sería buen cazador.

—Voy con él a cazá –le dije un día a mi taita.

—Hijo, no vayáis a matá animalitos –pidió él, tanto que los quería.

—No –contesté yo– solo voy pa' ve'lo corré.

Y, ya en el monte, le recomendé al perro:

—Ya sabéis lo carrereáis, pero no lo mordéis.

Adelante se fue Respeto, que así se llamaba, y al rato lo oigo latir:

—¡La, la, la!

—¿Qué será la? –me pregunto.

Me asomo y, debajo de las patas le veo una lapa, pintadita, muy bonita.

—No la vayáis a mordé Respeto –le volví a pedir.

Él, entonces, la soltó para carrerearla un poquito más y, cuando la tuvo encuevada, se vino cansado. Con un gran aspaviento volvimos los dos a casa.

—¡Papaíto, mamaíta, hermanita!

—¿Qué pasó, hijo? –me preguntó mi taita.

—Que el perro se consiguió una lapa.

—¿Y ese aspaviento que traéis?

—Es que el perro aprendió a leé.

—¿Cómo?

—Que cuando vio una lapa, dijo a latí la, la, la...

—¡Ah, perro inteligente! –dijo mi taita; y se regó la noticia por todo el caserío.

Por eso, después de las vacaciones, yo lo seguí llevando a la escuela para que siguiera

El perro minero



El Caimán de Sanare

aprendiendo. ¡Si lo quería la maestra, por la inteligencia que tenía!

Un día mi taita, para verlo con sus ojos, se lo quiso llevar al monte.

—Búscame un bicho por ahí –le mandó.

—¡Ve, ve, ve...! –al rato se puso a latir Respeto.

—¿Qué animal será ese que se llama ve, ve, ve...?

Y, cuando pudo ver que era un venado dijo: —¡Este perro si sabe leé como dice el chavalito! –y le mandó que soltara al venado, que ya tenía agarrado por una pata.

Pasó un tiempito y me tocó a mí llevarlo al monte. Al poco rato lo escucho latiendo.

—¡Lle, lle, lle...!

—¿Qué será lle? –digo yo–, ¿una yegua acaso? Demasiado grande para traerla debajo de

sus patas. Por eso me acerco y al levantarlas para que yo viera, es un... bi-lle-te.

—¡Un billete! –grité contento, y se me pusieron los ojos como el dos de oro.

—¡Papaíto, papaíto! –llegué a la casa gritando.

—¿Qué pasó, hijo?

—Mirá un billete que cazó Respeto.

—Dejame esculcalo –dijo él, amarrándolo-. Y es de cien bolívares. ¡Ay perro billettero que tenemos!

Con aquella plata mi taita compró ropa para toda la familia. Y lo que sobró, que aunque poquito entonces valía mucho, me lo dio a mí y yo me compré marusada de acemitas. Contento, me las fui comiendo y dándole también al perro para pagarle su trabajo.

Sería cosa de unos díitas y, ahí mismito, apareció gente con ganas de comprar a Respeto. Menos mal que mi taita me hizo caso y no lo vendió.

—Mucha plata es lo que vale este perro –dijo él-. Mañana me lo llevo al monte.

Pero yo quise acompañarlo para ver. Cuando él lo soltó en seguida oí latir.

—¡Ma, ma, ma...!

—¡Más, más, más billete! –gritó mi papá, que ya andaba con la mente llena de billetes.

Pero no era un mato, un mato ñemero de como cinco cuartas. El bicho se había encuevado y el perro, que no era perezoso, se puso a echar uña. Escarbó y escarbó, lo que apareció no fue el mato –para que vean que mi taita no estaba equivocado– sino una tinajita.

—¡Más plata! –dijo mi taita, la vació y contó más de quinientos fuertes... –¡Ah, güena fuertamente! ¡Qué suerte la nuestra con este perro!

Y desde ese día la noticia de que teníamos un perro minero se regó más allá de Sanare, de Quíbor y El Tocuyo.

—No lo vendo, no lo vendo –les repetía mi taita a los que llegaban para verlo.

Lástima que tanta suerte se acabara tan pronto. Respeto duró hasta el día en que una mapanare de siete narices lo mató.

Fin

De *Sin decí una garra e' mentira* (Cuentos orales) (1997)

El Caimán de Sanare (1937-2010). Pseudónimo de José Humberto Castillo: juglar, agricultor, comerciante y narrador oral del estado Lara. Portavoz de un pueblo encantado. Singular personaje campesino que durante décadas, con sus relatos plenos de ingenio, humor, sentido ecologista y sapiencia, mantuvo viva la tradición oral de su región.

